

## TRES ENSAYOS SOBRE TRES CUENTOS CHILENOS

Soledad Gasman

### 2. Acerca PIEDRA CALLADA de Marta Brunet

La historia de “Piedra callada”, nos cuenta las terribles situaciones a las que se ve enfrentado un ser humano cuando no encontrando otro medio y una sumisión de soterrado rencor se ha ido incubando, echa mano de la violencia física como única salida. La mayoría de los personajes de “Piedra callada” ejerce en grado mayor o menor la violencia –entendida como un modo de subyugar al otro para satisfacer los propios deseos, el cual puede revelarse a través de actos verbales o físicos, gestos faciales o corporales. Ella se desata sobre quienes están bajo su dominio, dejando ver el ejercicio del poder en sus distintas facetas, las que a su vez, muestran el ordenamiento de la sociedad patriarcal. En “Piedra Callada” las relaciones se manifiestan en forma piramidal, siguiendo muy de cerca la antigua concepción basada en la idea que el monarca reina por derecho divino, debiendo dar razón de sus actos sólo ante Dios. Sabemos que de un modo parecido ocurría en el latifundio chileno, el cual se quiere representar en el relato de Brunet. Esta manera imperó en Chile hasta antes de la reforma agraria de los años sesenta, período durante el cual transcurre “Piedra Callada”. Prácticamente todas las relaciones sociales del período, ya fueran de orden político, religioso o familiar, mostraban una estructura piramidal, estableciendo una jerarquía a priori basada mayormente en la hegemonía del dinero, la del género masculino por sobre el femenino, la de la clase social alta, la de la posición laboral que otorgaban los años de servicio. En “Piedra Callada” los personajes aparecen como piezas al servicio del poder. Su posesión demuestra quién es capaz de someter al otro, de manera más definitiva.

Son las palabras de Cantalicia -esposa del mayordomo, quien movida ya sea por envidia o por la costumbre suya de vaciar “la alforja llena de novedades”- las que en primera instancia, van quebrantando el deseo de Eufrasia -antigua empleada del fundo- de mantenerse indiferente a la desgracia de su única hija Esperanza, a quien no puede perdonar el haberse casado sin su consentimiento. Esos primeros comentarios de Cantalicia,

despiertan cierta compasión y ternura en la aparente insensible Eufrasia, quien, luego de un “gracias por lo comedía”, se vuelve de perfil, dando por zanjado el asunto, e interrumpiendo abruptamente el torrente de chismes que la esposa del mayordomo todavía espera prodigar. Ambas mujeres se reprimen, postergando sus intenciones genuinas, por la acción de la otra: Eufrasia calla su dolor y su rabia, expresando indiferencia; Cantalicia, se calla y aleja con sus comadreo.

Y si las palabras de Cantalicia actúan sobre la compasión de Eufrasia, desestabilizando su férrea coraza de frialdad, las inocentes frases de sus nietos, contándole del maltrato de Bernabé a Esperanza, avivan el odio antes incipiente contra su yerno y la mueven a una acción más definitiva. De cara a este episodio, el lector imagina cómo los niños se complacen en contar la brutalidad del padre. Gracias a ello captan la atención de su abuela, ejerciendo el poder que les da su condición de niños; y dan curso al rencor que ese padre violento y autoritario empieza a despertar en sus mentes infantiles.

Esperanza, siguiendo la convención de jovencita de la época, evita por todos los medios el quedar “pa’ vestir santos”, y en este intento logra doblegar a su madre y a los patrones. Con su modo melindroso y una tenacidad a prueba de golpes, no sólo convence al patrón de su deseo de casarse con Bernabé, sino que también obtiene la adjudicación del rancho de la laguna. En este caso, las palabras de Esperanza actúan sobre el patrón, porque los deseos de la joven constituyen una oportunidad para éste: llevar un nuevo inquilino a un sector lejano, de difícil acceso y por lo tanto poco codiciado como plaza de trabajo. Sin embargo, la autora deja entrever la doble faz del hecho. Muestra la astucia del patrón para zanjar un problema, y la generosidad y omnipotencia de su gesto. Modo genuinamente patriarcal, por dejar de manifiesto las dos vertientes en las que se asentaba el poder del latifundista chileno de la época: obtener un beneficio pecuniario y actuar de acuerdo a principios cristianos.

Contrapuesto al influjo de palabras dichas en el momento oportuno, Brunet también nos presenta la fuerza que puede tener el silencio. Es el caso de Eufrasia, quien, para expresarse utiliza gestos que pretenden transmitir un sentimiento, y aplacar al otro. Golpea a su hija para educarla. Acaricia la cabeza de sus nietos en representación de dominio. Limpia los vidrios de la casa, desarma los colchones y escarmena su lana para

demostrar que no está cansada y que se jubilará a su modo: trabajando. Tira piedras con la honda con distintos objetivos: en el arreo de los animales domésticos; para ayudar en la labor vespertina de la casa; para ahuyentar a los pretendientes de su hija, y finalmente para eliminar a su yerno.

El episodio de la jubilación obligada de Eufrasia, informa al lector cómo los patrones y la empleada se someten a las leyes de la sociedad. Cumplida cierta edad, el empleado - aunque esté en condiciones de trabajar y el patrón prefiera que siga ejerciendo sus labores de siempre- se ve forzado a interrumpir sus funciones. En este caso es el código laboral el que establece la norma que debe ser acatada, y el patrón de Eufrasia, deseoso de que “esta” ley se cumpla, arguye para convencer a su empleada, que ella “debe de estar cansada”. No obstante, como Eufrasia no se siente cansada pero sí obligada a estar de brazos cruzados, insiste en realizar tareas domésticas, las que son muy bien recibidas por la patrona: aligeran la carga a los otros empleados y mantienen la casa más limpia y ordenada sin que ello signifique un desembolso de otro salario. La permanencia de ciertos empleados en “las casas” una vez que llegaban a viejos, era una institución en los predios chilenos. No teniendo ni dónde ni prácticamente de qué vivir los últimos años porque las pensiones eran bajísimas, la oportunidad de seguir con un techo y comida hasta el final de la vida era un privilegio que pocos obtenían. Oportunidad que, sin modificar de fondo las relaciones de poder establecidas, perpetuaba una condición en apariencia conveniente para ambas partes.

Bernabé, como única respuesta al discurso del patrón, gira con sus manos el sombrero y da un gruñido, dejando ver de manera sutil, que su acatamiento a la autoridad no es absoluto. A pesar de la simpleza y primitivismo que caracterizan al personaje, estas dos características son justamente las que permiten a la autora dar relevancia al resentimiento y la rebeldía que este campesino ignorante y bruto guarda en su interior, y que expresará más tarde con palabras y hechos. Frente a Esperanza, y a sus hijos, víctimas dóciles e inocentes. Y frente a Eufrasia, quien termina por responderle con la misma moneda, asestándole un golpe que será definitivo. ¿Qué reflexiona el lector después de leer la maquinación de Eufrasia, la redime de culpabilidad la autora, qué otra solución había en las circunstancias en que se encontraban, en quién o en qué debía depositarse el poder para actuar sin transgredir la norma social y la convención cristiana? En este episodio aparecen

cuestionamientos propios del ser humano de todos los tiempos. ¿En qué condiciones es legítimo el uso de la violencia, cualquiera sea su forma, cómo se conjugan la libertad y la justicia, quiénes son depositarios de la justicia, dónde termina el ejercicio de la libertad, será el individuo capaz de crear una realidad que impida o que no requiera de acciones como las descritas en “Piedra callada”?

Desde otro punto de vista, sin duda que la *pedra callada* que Eufrasia tira contra Bernabé puede verse como un hecho anticipatorio de lo ocurrido en Chile en la segunda mitad del siglo pasado. La clase obrera representada por Salvador Allende llega al poder, pero lo hace sin romper los cánones democráticos. En el ejercicio de este poder, la clase dirigente por tradición, se ve seriamente afectada en el desmedro de sus facultades y de sus bolsillos. De manera subterránea se preparan dos tiros de *pedra callada*: el de la extrema izquierda y el de la extrema derecha. Los primeros, para continuar con las reformas que defienden sus derechos, y los segundos, para interrumpir esas mismas reformas, erradicando por unos años, los más posibles, un eventual nuevo brote de subversión en su contra. A la luz de los hechos pasados, la piedra arrojada por la clase que había sido dirigente hasta el año setenta, fue más certera, pues logró silenciar, aunque no eliminar el poder de la clase representada por Salvador Allende. El lector podrá, hoy día, sacar las enseñanzas que el relato y la experiencia de Chile nos dejan.

Quebrada Escobares, 2007.